

*Espacios mentales*¹

LUCILA GONZÁLEZ PAZOS
Universidad Complutense de Madrid

I. INTRODUCCIÓN

Nadie puede ignorar, a estas alturas, la importancia de la contribución de las Ciencias Cognitivas a ámbitos de reflexión filosófica tan destacados como la Filosofía de la Mente, la Teoría del Conocimiento y la Filosofía del Lenguaje. Tal repercusión puede parecer inmediata y obvia en los dos primeros y no tanto en el último. Pero es innegable que, casi siempre, las discusiones acerca de un tema clave como es el de la representación mental se convierten en discusiones sobre el lenguaje. Esto es perfectamente comprensible, dado que el lenguaje es una clase de representación humana y se presenta como algo fuertemente implicado por las capacidades mentales exclusivamente humanas. Con todo, no conviene olvidar que relevantes autores contemporáneos (McGinn, 1989; Clark, 1993) advierten que “hay más representación que lenguaje” y, por supuesto, más lenguaje que representación. Aviso que se agradece, ya que nos aparta del riesgo de asumir acríticamente que rasgos peculiares de la representación lingüística son también esenciales a la representación mental. Con estas cautelas, voy a iniciar la consideración de una interesante Teoría, la de los Espacios Mentales de Fauconnier, que abre nuevas perspectivas con respecto a cuestiones capitales como son la construcción del significado, el estudio de la referencia, descripciones o co-referencia y la indagación acerca de las operaciones subyacentes a la comprensión del discurso.

Quizás sea este último el aspecto más innovador. La intuición fundamental de Fauconnier fue la de captar que únicamente una teoría cognitiva permitiría afrontar el rango completo de fenómenos del lenguaje natural: una teoría cognitiva basada en las capacidades de la mente humana más que en las capa-

1 Este trabajo es producto de las investigaciones realizadas en el contexto del Proyecto BFF2000-1273-C04-04, financiado por la CICYT.

ciudades de los sistemas formales que habitualmente usamos los lógicos y que los lingüistas utilizan desde hace años como herramientas para sus análisis. La teoría que nos va a ocupar se ubica en el área de la Semántica Cognitiva y su preocupación básica consistirá en desentrañar la organización oculta -*backstage*, que ocurre detrás del escenario- del lenguaje y del pensamiento. Precisamente serán los espacios mentales, las conexiones entre ellos, las estrategias lingüísticas, pragmáticas y culturales para construirlos, una de las partes más decisivas de lo que se produce en el trasfondo cognitivo del habla cotidiana y del razonamiento del sentido común. Lo cual conlleva, además, el prometedor hallazgo de que los principios que gobiernan tales operaciones son, en sí mismos, simples y generales, aparte de que parecen ser universales a través de lenguajes y culturas. Con un primer resultado sorprendente: la generatividad se manifiesta, de forma esencial, como una propiedad de los significados y, sólo de forma derivada, de la sintaxis.

La Teoría de los Espacios Mentales fue desarrollada en reacción a concepciones tradicionales acerca del significado. Ha reconocido la importancia de fenómenos tales como el alcance de los cuantificadores, la opacidad referencial, la proyección de presuposiciones y los contrafácticos; pero ha cuestionado las fundamentaciones semánticas hegemónicas, las herramientas de análisis y los métodos empíricos habitualmente seguidos en la investigación de esos fenómenos. Interesa resaltar que la metodología y la base empírica cambian aquí. Hay una larga tradición, en Gramática y en Filosofía Analítica, que toma a la oración, a la sentencia, considerada aisladamente, como el objeto de estudio básico. No es disparatado: si las condiciones para que las sentencias puedan ser estimadas como bien formadas (sintaxis) se entienden y si sus significados (semántica) pueden ser caracterizados operacionalmente, habrá un firme asidero para dar cuenta de la estructura del lenguaje. Además, al comprobar que algunas oraciones o sentencias son más simples o típicas que otras, tiene sentido dedicarse a ellas en primer lugar, construir una teoría para las mismas y tratar después de extenderla para analizar construcciones complejas, insólitas o marginales. Pero Fauconnier plantea su investigación de otra manera. Parte de la convicción de que son los casos inusuales los que verdaderamente revelan la naturaleza esencial de las operaciones que importan, mientras que los casos típicos no lo hacen y pueden ser sencillamente explicados como instancias particulares de un mecanismo general. El procedimiento inverso no vale: rara vez sucede que las teorías desarrolladas para fragmentos puedan extenderse a todos los casos posibles. El punto metodológico clave, a juicio de nuestro autor, es que, aunque los ejemplos o casos típicos se siguen fácilmente de la construcción de espacios mentales y de las conexiones que se producen entre ellos en el discurso, las consideraciones clásicas de Lógica de Enunciados o de Lógica de las Descripciones no nos proporcionan las nociones teóricas adecuadas para

plantear e intentar resolver el problema general de la comprensión del discurso. Es más: ¿se puede hablar siquiera de oración simple? Las sentencias reúnen, de una manera lingüísticamente homogénea, información heterogénea e incompleta relativa a las construcciones cognitivas que han de ser realizadas dentro de un contexto a fin de construir el significado. El significado se sigue cuando tales operaciones son realizadas, pero no es directamente asignable a las sentencias. Por tanto, el lenguaje no es portador de significado, sólo lo guía.

Esta afirmación, realmente revolucionaria, no es exclusiva de Fauconnier. Turner (1991) también la defiende: para él, las expresiones lingüísticas no significan, simplemente nos incitan a construir significados. Cuando entendemos una oración, no entendemos justo lo que las palabras dicen; de hecho, las palabras por sí mismas no dicen nada independientemente del detallado conocimiento y de los potentes procesos cognitivos que nosotros aportamos. En armonía con Turner, Fauconnier ha sostenido siempre que el lenguaje no constituye el edificio cognitivo. El lenguaje, tal como lo usamos, no es sino *the tip of iceberg* de la construcción cognitiva. El habla cotidiana y el razonamiento del sentido común están sustentados por creaciones mentales invisibles, altamente abstractas, que la Gramática ayuda a encauzar, pero no define por ella misma. Y más concretamente, si atendemos a formas lingüísticas tales como sentencias, cualquier sentencia que aparezca en una etapa de la construcción del discurso, por muy simple que sea, contendrá diversas clases de información indicadas por variados recursos gramaticales:

- a) Información relativa a qué espacios nuevos están siendo establecidos, expresados típicamente por medio de constructores de espacio, *space builders*.
- b) Claves respecto a qué espacio constituye en ese momento el foco de atención, cuál es su conexión con el conocimiento-base y cómo se accede a él. Información típicamente expresada por medio de los tiempos y modos gramaticales.
- c) Descripciones que introducen elementos nuevos (y posiblemente sus homólogos o *counterparts*) en los espacios.
- d) Descripciones, o anáforas o nombres, que identifican a elementos existentes (y posiblemente a sus homólogos).
- e) Información sintáctica, que típicamente establece esquemas y marcos de nivel genérico.
- f) Información léxica, que conecta los elementos del espacio mental a marcos y modelos cognitivos a partir del *background* o conocimiento-base. Esta información estructura los espacios internamente, imponiéndose a los esquemas pre-estructurados disponibles, que pueden, no obstante, ser alterados o re-elaborados dentro de las construcciones que nos ocupan.

- g) Indicios presuposicionales, que permiten que algunas de las estructuras sean instantáneamente propagadas a través de la configuración del espacio.
- h) Información pragmática y retórica, suministrada por partículas como *incluso, pero, ya*, etc., que típicamente señalan escalas implícitas para el razonamiento y la argumentación.

O sea que una sentencia del lenguaje natural, por muy simple que parezca, es cognitivamente compleja, porque incorpora información e instrucciones de construcción en todos esos diferentes niveles. Qué clase de significado se produzca realmente dependerá de la configuración del espacio mental generado por el discurso previo que da lugar a la aparición de una determinada sentencia. Este hecho invalida la metodología tradicional, que parte de la sentencia aislada. Aquí se intenta romper ese molde, poniendo todo el énfasis en la generalización lingüística, tratando de mostrar que los mismos principios operan de modos gramaticalmente regulares, que caen más allá de los confines del significado prototípico, mínimo, literal, de la sentencia. La nueva metodología sigue las pautas del método científico clásico: tiende a generalizaciones más abarcadoras; reúne teóricamente datos empíricos superficialmente diversos y trata de no prejuzgar resultados teóricos con clasificaciones descriptivas prematuras. Lo que ocurre es que los avances teóricos tienen consecuencias no triviales para la observación empírica. La nueva perspectiva supone una manera también nueva de escudriñar los fenómenos lingüísticos, da lugar a preguntas distintas y obtiene nuevos hechos que, a su vez, repercuten en el ajuste y corrección de la teoría misma. Así ha surgido una poderosa corriente de investigación en lingüística cognitiva, donde distintos trabajos y distintos autores apoyan y refuerzan los primitivos logros de Fauconnier. Nombres como Lakoff, el mencionado Turner, Fillmore, Langacker, Talmy y Sweetser, entre otros, se han convertido en las autoridades de este sugerente enfoque. Hay que destacar especialmente a Langacker, cuya *Cognitive Grammar* ha sido la obra magna que lo consagró y lo impuso como una línea fructífera en la investigación actual sobre el pensamiento y el lenguaje. El propio Fauconnier reconoce que la Gramática juega un papel mayor en su Teoría: la Gramática es el vínculo visible entre la misteriosa *backstage cognition* y el comportamiento aparente de organismos humanos que piensan y hablan. Por eso merece que le dediquemos un apartado exclusivo.

II. LA GRAMÁTICA COGNITIVA DE LANGACKER

Sin duda, es una tremenda osadía pretender dar cuenta de esta obra en unas pocas páginas. Es obvio que no podremos considerar todos sus temas, pero sí

trataremos de perfilar sus rasgos fundamentales: sus presupuestos básicos, su concepción de la estructura gramatical y su explicación de la estructura semántica. Ante todo, el autor defiende una concepción muy particular de la estructura gramatical, estimando que emerge orgánicamente de una visión unificada y omniabarcadora de la organización lingüística caracterizada en términos de procesamiento cognitivo. Y esta defensa lo enfrenta a las corrientes dominantes de la Lingüística contemporánea: porque Langacker habla de imágenes, proclama la inseparabilidad de sintaxis y semántica, busca una explicación integradora de las diversas facetas de la estructura lingüística, rechaza formalizaciones prematuras y centra sus esfuerzos en la tarea de clarificar conceptualmente las nociones primigenias. Al lado de esta concepción, se manifiestan tres tesis estrechamente relacionadas con ella:

- 1^a) La estructura semántica no es universal; es específica de cada lenguaje en un alto grado. Además, se basa en imágenes convencionales y se caracteriza siempre en relación con estructuras de conocimiento.
- 2^a) La gramática (o sintaxis) no constituye un nivel formal de representación autónomo. En lugar de ello, la gramática es de naturaleza simbólica, consistiendo en la simbolización convencional de estructura semántica.
- 3^a) No existe una distinción significativa entre gramática y léxico. Léxico, morfología y sintaxis forman un continuo de estructuras simbólicas que difieren a tenor de diversos parámetros, pero sólo pueden ser divididas en componentes separados si lo hacemos de forma arbitraria.

La gramática cognitiva de Langacker se ofrece como una alternativa a la tradición generativa y refleja el desarrollo creciente de una corriente intelectual en el análisis del lenguaje y de la mente que se aparta de concepciones mecanicistas y avanza hacia otra mucho más apropiada para sistemas biológicos. Incluso podría ser juzgada como una aplicación a la Lingüística de la Teoría General de Sistemas. Concuerda con Rosch, al basar la categorización discreta en el modelo de prototipos; no admite la distinción entre lenguaje literal y figurativo; sostiene que imágenes y metáforas no son aspectos periféricos de nuestra vida mental sino constitutivos de ella; y su énfasis sobre el uso del lenguaje y su visión del significado léxico la relaciona con el último Wittgenstein. Éste es justamente el tema primordial de la teoría lingüística: la naturaleza del significado y cómo tratar con ella. En esta gramática, se estima evidente que el significado es un fenómeno cognitivo y debe ser analizado como tal. De hecho, se identifica significado con conceptualización.

El lenguaje, tal como lo concibe Langacker, es esencialmente simbólico: pone a disposición del hablante, sea para uso personal o comunicativo, un conjunto de signos y una serie sin fin de expresiones, cada una de las cuales asocia

una representación semántica de algún tipo con una representación fonológica. Y es una parte integrante de la cognición humana. Esta afirmación condiciona el planteamiento mismo de la Gramática Cognitiva: toma totalmente en serio el objetivo de realidad psicológica en la descripción lingüística.

La Gramática Cognitiva plantea tres tipos básicos de estructura: fonológica, semántica y simbólica. Una estructura simbólica es bipolar, consta de un polo fonológico y un polo semántico, de la asociación entre ambos. Podríamos así postular un espacio semántico y un espacio fonológico como dos aspectos amplios de la organización cognitiva humana. Una estructura semántica es caracterizada como una configuración dentro del espacio semántico. El *mapeo* sobre los diversos dominios de espacio semántico, y sus interrelaciones, es de forma clara un prerrequisito para cualquier clase de análisis válido.

Las unidades lingüísticas incluyen estructuras fonológicas y semánticas. Encontramos unidades simbólicas especificadas (incluyendo morfemas, ítems léxicos polimorfémicos y expresiones convencionales más amplias); y encontramos patrones establecidos, representados como unidades simbólicas esquemáticas para ensamblar estructuras simbólicas complejas a partir de las más simples. Pero los bloques de construcción de la Gramática, las unidades simbólicas mínimas, son los morfemas. Al polo semántico de un morfema, lo llama Langacker *Predicado* y, al polo fonológico de cualquier expresión lingüística, lo llama *Predicación*. Los Predicados tienen estatuto de unidad –aunque su estructura interna pueda ser bastante compleja– y constituyen los fragmentos mínimos de contenido semántico para propósitos simbólicos y gramaticales. Pero aquí el significado es un fenómeno mental, que debe ser descrito siempre con referencia al procesamiento cognitivo. Langacker está plenamente inmerso en el punto de vista conceptual del significado. Considera, además, que es posible describir la estructura interna de fenómenos tales como pensamiento, conceptos, percepciones, imágenes y experiencia mental en general. El término *estructura conceptual* será aplicado indiscriminadamente a cualquier entidad de ese tipo, sea lingüística o no. Una estructura semántica es entonces definida como una estructura conceptual que funciona como el polo semántico de una expresión lingüística. De ahí que las estructuras semánticas se consideren conceptualizaciones formadas para propósitos simbólicos de acuerdo con el dictado de la convención lingüística.

Ciertas habilidades cognitivas son de importancia evidente para la descripción de estructuras lingüísticas. Y todas las predicaciones son caracterizadas relativamente a uno o más dominios cognitivos. Langacker cree que la experiencia mental es real, susceptible de investigación empírica y de descripción regida por principios. Piensa que constituye el objeto natural de la semántica. Por tanto, conceptualizaciones, experiencia mental y procesamiento cognitivo centran el interés del análisis semántico. Porque, aunque hablemos de *mente*,

pensamiento, concepto y percepción, esos términos expresan reificaciones. *Mente* es lo mismo que *procesamiento mental*. Según Langacker, llamamos un *pensamiento* a lo que es la ocurrencia de un evento o acontecimiento neurológico complejo, un evento electroquímico en última instancia; y decir que hemos formado un *concepto* es meramente señalar que un particular patrón de actividad neurológica ha llegado a ser establecido, de modo que eventos funcionalmente equivalentes puedan ser evocados y repetidos con relativa facilidad. Usa el término *evento* para designar una ocurrencia cognitiva de cualquier grado de complejidad. Asume que la producción de cualquier evento tal deja una traza o huella neuroquímica que facilita la repetición. La repetición continuada de un determinado evento lo convierte en un evento-tipo, que tiene *status* de unidad, de forma que puede ser evocado fácilmente como un todo integrado. De hecho, constituye una rutina establecida que funciona más o menos automáticamente una vez iniciada. La activación de una rutina es por supuesto, ella misma, un evento cognitivo. La experiencia mental no es más que un flujo de eventos: lo que el cerebro hace.

Todas las unidades lingüísticas son dependientes de contexto en algún grado. Un contexto para la caracterización de una unidad semántica es llamado aquí un *dominio*. Los dominios son necesariamente entidades cognitivas: experiencias mentales, espacios representacionales, conceptos o complejos conceptuales. Cada predicado se caracteriza con relación a uno o más dominios cognitivos, colectivamente llamados su *matriz*. El valor semántico de una expresión no se colma al especificar un referente y listar el inventario de dominios de su matriz. Un Predicado precisa ser caracterizado, además, por su *ranking* de dominios en términos de prominencia y facilidad de activación.

Y todavía más: la Gramática Cognitiva hace demandas específicas acerca de la estructura semántica y la base nocional de categorías gramaticales fundamentales. El constructo *designación* se convierte en fundamental, determinado por la elevación de alguna entidad a un especial nivel de prominencia dentro de una predicación. Una predicación nominal designa una *cosa*, mientras que una predicación relacional designa o bien una *relación atemporal* o un *proceso*. Pero hay que indicar que la definición de *cosa* es abstracta: hace referencia, no a objetos físicos, sino más bien a eventos cognitivos. Una estructura simbólica cuyo polo semántico designa una cosa es considerada como un nombre. Los adjetivos y adverbios expresan relaciones atemporales; los verbos, por su parte, procesos. Contra la tradición recibida, Langacker proclama que las categorías gramaticales básicas, como *nombre, verbo, adjetivo y adverbio*, son semánticamente definibles. Las entidades así llamadas son unidades simbólicas, cada una con un polo semántico y un polo fonológico, pero es el primero el que determina la categorización.

III. LA TEORÍA DE LOS ESPACIOS MENTALES

En un plano de investigación científica, la noción de *espacios mentales* y las nociones relacionadas que vamos a examinar son constructos teóricos dirigidos a modelizar organización cognitiva de alto nivel y por tanto tan admisibles, desde un punto de vista epistemológico, como puedan ser los *campos magnéticos* en Física, los *hábitos sociales* en Sociología o los *modelos mentales* en Psicología. Todos ellos tienen una conexión con el “mundo real” que está necesariamente mediatizada por las Teorías de las que forman parte. Pero no es imprescindible adoptar una concepción realista con respecto a tales constructos. Además, en ciencia cognitiva, sería incluso más deseable su “plausibilidad biológica”. En este sentido, sería excelente que los espacios mentales fueran naturalmente emergentes, dados, aunque no hay evidencia alguna de ello. Por supuesto, nunca serán admitidos desde la perspectiva del reduccionismo eliminativo. Sin embargo, podemos decir que hay trabajos muy importantes en zonas de convergencia –Damasio (1989), Edelman (1992)- que iluminan aspectos dinámicos de la asociación y construcción del significado en absoluto incompatibles con esta Teoría.

Quizás resulte interesante, antes de adentrarnos en la Teoría misma, hacer una caracterización negativa de los espacios mentales, decir claramente lo que no son, para distinguirlos de nociones parecidas. Y diremos que no son mundos posibles, ni modelos mentales de la realidad, ni tampoco representaciones pictóricas, ni representaciones del discurso de teoría de modelos. En primer lugar, se puede constatar que ha sido muy corriente introducir alguna forma de partición en el análisis semántico, distinguiendo dominios entendidos en sentido amplio. En los enfoques realistas del estudio de la referencia, tales dominios adoptan la forma de mundos posibles: los mundos posibles contienen todos los referentes y sus propiedades, están totalmente especificados de modo no-lingüístico y no-cognitivo. Los marcos de trabajo que emplean dicha noción consideran la semántica como el estudio de los enlaces, vínculos o ligaduras entre formas lingüísticas y universos de mundos posibles. La partición que usan es ontológica más que cognitiva. En cambio, las configuraciones de espacio mental son únicamente modelos de la comprensión del discurso especificados de manera muy parcial: soportan modificaciones continuas, alguna de sus estructuras es obtenida en virtud de reglas por defecto o mecanismos de optimización, son todos revisables y ni siquiera tienen que ser lógicamente consistentes. Las construcciones de espacio mental son cognitivas, no son algo que “se refiere a”, sino algo que puede ser usado para referirse tanto a mundos reales como imaginarios. Aparte de que incluyen elementos, los roles, que no tienen ni pueden tener referencia directa en el Mundo.

La idea simple que está detrás del enfoque de Fauconnier es que, cuando nos comprometemos con cualquier forma de pensamiento típicamente mediada por el lenguaje (conversación, poesía, lectura, contar historias, etc.), establecemos dominios estructurados y conectados. El proceso es local: una multitud de tales dominios -espacios mentales- se construye para cualquier extensión de pensamiento, y el lenguaje (gramática y léxico) es un poderoso medio (pero no el único) de especificar o recuperar aspectos clave de esta construcción cognitiva. Referencia, inferencia y, más generalmente, proyección estructural de diverso tipo operan usando las conexiones disponibles para enlazar los espacios mentales construidos. Técnicamente, tales conexiones son *cross-domain functions*, funciones que cruzan o atraviesan dominios, que especifican homólogos o *counterparts*, estructura proyectada de un espacio a otro. En los casos más sencillos, dos espacios están conectados por sólo una función e intuitivamente esta función parece reflejar alguna forma de identidad de los homólogos conectados. Un ejemplo de corte clásico: cuando hablamos acerca de Carlos V y el famoso retrato de Carlos V debido a Tiziano, edificamos dos espacios, uno para la realidad –realidad histórica en este caso- y otro para el cuadro. Hay un Carlos V en cada uno y son homólogos. La conexión sentida entre ambos es la de identidad: es el mismo Carlos V el que aparece en ambos dominios. Si bien, desde un punto de vista objetivo, no hay identidad en absoluto, sino un personaje de carne y hueso por un lado y brochazos de pintura por el otro. Es más: desde un punto de vista subjetivo, tampoco hay identidad, ya que el modelo y el hombre del cuadro pueden diferir tanto como Tiziano haya querido. Éste es el primer aspecto notable de la partición que aquí se realiza: ostentar distintas propiedades, marcos y estructuras en distintos dominios incluso cuando, en algún sentido, se aplican a la misma entidad. Por otra parte, hay múltiples ejemplos encargados de mostrar que puede haber diversas funciones que enlazan dos espacios mentales dados en el discurso, proporcionando por tanto varias estructuras de homólogos que compiten, y también que las funciones conectoras no se limitan a ser funciones de uno-a-uno. La disponibilidad de funciones múltiples (identidad, representación, drama, analogía, instancia, contrafáctica) tiene potentes efectos semánticos y da cuenta de *puzzles* de referencia muy diversos. Y no impide que la identificación a través de mundos, propia del enfoque de Mundos Posibles, pueda ser reinterpretada conceptualmente como el caso especial en que sólo se considera una única función de uno-a-uno de identidad o similaridad. Desde la perspectiva de la Semántica Cognitiva y de esta Teoría, la identidad es solamente una de las muchas conexiones conceptuales entre espacios. Es la más obvia y la más típica, pero presumiblemente es también un caso especial de conexiones que hacen un mayor trabajo conceptual y lingüístico, tales como proyección analógica y metafórica o funciones de metonimia.

Lo que debemos recordar siempre, según recomienda Fauconnier, es la extraordinaria infra-determinación o sub-especificación de las configuraciones de espacio mental cognitivo por el lenguaje. No existe un algoritmo que proporcione la configuración de espacio correspondiente a una forma lingüística concreta. Lo que ocurre, más bien, es que la forma lingüística constreñirá la construcción dinámica de los espacios; pero esa construcción misma es altamente dependiente de construcciones previas efectuadas en el discurso, de los mapeos o proyecciones ya disponibles, de marcos en juego, de rasgos locales del ámbito social en el que la construcción tiene lugar y de propiedades reales del mundo circundante. Es muy importante la creación de marcos y el punto de vista o perspectiva adoptados. Al igual que las Gramáticas cognitivas y constructivistas (Langacker, Talmy, Fillmore, Lakoff) sugieren que las configuraciones sintácticas son un medio de acceder a marcos muy generales y muy genéricos que a su vez se proyectan sobre marcos más específicos –vía especificación léxica- y que estos marcos se proyectan a su vez sobre otros más especificados todavía, determinados por el contexto local, conexiones del espacio local y conocimiento cultural básico relevante, podemos señalar que construir espacios es también, a este respecto, construir marcos. Los marcos proporcionan los esquemas abstractos inducidos que conducen el mapeo o la proyección a través de los espacios mentales. El proceso de construcción del discurso es muy fluido, inestable, dinámico, creativo. Se establecen categorías provisionales en espacios apropiados, se establecen conexiones temporales, se crean nuevos marcos sobre la marcha y el significado se negocia. La gramática erige marcos genéricos adecuados que sirven para manipular, en un contexto, otros mucho más específicos. La dinámica de este proceso exige que los participantes (hablantes, oyentes, pensadores, interlocutores) sigan la huella de los espacios construidos y de sus conexiones. El punto de vista o perspectiva así como los cambios de perspectiva intervienen aquí, codificados gramaticalmente por medio de tiempos y modos verbales, constructores de espacio, anáforas y otros operadores cognitivos.

En este extenso sentido, las configuraciones de espacio mental son modelos mentales, pero modelos mentales del discurso, no modelos mentales del mundo. Usos del lenguaje como la metáfora, la metonimia y otros recursos retóricos han sido tradicionalmente considerados como parásitos respecto al corazón de la semántica: aquí son fundamentales. Para Fauconnier, comprender la organización lingüística implicada lleva al estudio de dominios que establecemos en cuanto hablamos u oímos y que estructuramos con elementos, roles, estrategias y relaciones. Esos dominios o espacios mentales interconectados no son parte del lenguaje mismo o de sus gramáticas, tampoco son niveles ocultos de representación lingüística; pero el lenguaje no existe sin ellos. A su juicio, muchos problemas de la “lógica” del lenguaje natural surgen de rasgos de la

construcción de espacios mentales y se resuelven fácilmente teniéndola en cuenta. Sus ejemplos incluyen opacidad, atributividad, identidad intencional, proyección de presuposición, contrafácticos y comparativos. Y ni siquiera trata la referencia en el sentido usual: habla mediante elementos que son establecidos mentalmente, indicados e identificados por formas del lenguaje; pero las formas del lenguaje no se refieren a tales elementos. En esta teoría, si ha de haber referencia, irá desde los elementos de los espacios mentales a los objetos a los que se refieren. Una teoría completa de Verdad y Referencia para el lenguaje natural no puede eludir el proceso de construcción de espacios.

La explicación de los significados múltiples de una forma lingüística es también diferente: estructuras gramaticales relativamente simples dan instrucciones para la construcción del espacio en contexto, si bien este proceso de construcción queda casi siempre infra-determinado por las instrucciones gramaticales, de forma que los principios de construcción simple y las estructuras lingüísticas simples pueden proporcionar múltiples configuraciones de espacio. Esto crea una ilusión de complejidad estructural, y es cierto que la hay, pero depende más que nada del campo de las estructuras virtuales del lenguaje o de las muchas construcciones mentales posibles. Además, lo complejo puede serlo menos para el hablante-oyente, que está comprometido con una construcción particular en un tiempo concreto y muy guiada por el contexto. Lo que resulta, entonces, es que el lenguaje no es meramente interpretado con respecto a mundos, modelos, situaciones y demás. Queda envuelto en construcciones de sí mismo. Construye espacios mentales, relaciones entre ellos y relaciones entre los elementos pertenecientes a cada uno. En la medida en que dos personas construyamos configuraciones de espacio similares a partir de los mismos datos lingüísticos y pragmáticos, podremos comunicarnos. La comunicación será un corolario posible del proceso de construcción.

Para elaborar su teoría, Fauconnier toma ideas previas de Nunsberg (1978), principalmente la noción de función pragmática: establecemos enlaces entre objetos de una naturaleza diferente por razones psicológicas, culturales o localmente pragmáticas y los enlaces así establecidos permiten la referencia a un objeto en términos de otro apropiadamente vinculado a él. El principio general es el Principio de Identificación: si dos objetos (en el sentido más amplio del término), a y b , son enlazados por una función pragmática F ($b=F(a)$)- una descripción de a , da , puede ser usada para identificar a su *counterpart*, b . Por ejemplo, Wittgenstein y los libros de Wittgenstein: funciones de autores a sus obras; pero también están disponibles funciones de personas a representaciones, de personas a información acerca de ellas, de personas a cuerpos, de personas a nombres, etc. Podemos centrarnos en un ejemplo para entender mejor todo esto:

{autores} -----*Fl*-----{ libros}

a = Wittgenstein

b = libros de Wittgenstein

El Principio de Identificación (ID) permite los dos ejemplos siguientes:

- (1) Wittgenstein está sobre mi mesa.
- (2) Los libros de Wittgenstein están sobre mi mesa.

Asimismo podríamos utilizar otras funciones pragmáticas distintas de *Fl*. En ese caso, (1) podría ser interpretado para significar que un busto o un retrato de Wittgenstein está sobre mi mesa, o el fichero que contiene información sobre él o la carpeta con la etiqueta "Wittgenstein". *F* puede ser simplemente la función de identidad, *Fl*, y en este caso *b* es descrita en términos de sus mismas propiedades {libros}. Considerando pues la situación general en que *b* es vinculado a *a* por una función pragmática *F* y puede ser referido a *a* por medio de una descripción de *a* de acuerdo con el Principio de Identificación, llamamos a *a* la referencia *trigger*, a *b* la referencia *target* y a *F* el conector. El Principio de Identificación establece que, en una situación conectada, una descripción del *trigger* puede ser usada para identificar al *target* y esto permite la referencia al *target* *b*. Esta referencia *target* se convierte en un antecedente potencial para pronombres y otras anáforas:

- (3) Wittgenstein está sobre mi mesa. Está encuadernado en piel.

Sin embargo, el *trigger* *a* puede ser también un antecedente potencial:

- (4) Wittgenstein está sobre mi mesa. Descubrirás que él es un autor apasionante.

O sea que tanto la referencia *trigger* (el autor, Wittgenstein) como la referencia *target* (libros escritos por Wittgenstein) pueden ser antecedentes potenciales de pronombres y de anáforas. Estamos ante una función pragmática o conector de carácter abierto.

¿Qué es lo que hace disponibles a los conectores? El punto de vista común es que los conectores son parte de *modelos cognitivos idealizados* -en el sentido de Lakoff, Fillmore y Sweetser- que son establecidos localmente, culturalmente o sobre bases experienciales o psicológicas. Esto implica una variación posible de comunidad a comunidad, de contexto a contexto y de individuo a individuo. Los hablantes son capaces de aprender nuevos conectores (estableciendo

nuevos modelos cognitivos idealizados) y cuanto más familiar, general y útil llega a ser un conector, tiende a ser más abierto. Los conectores relevantes para la teoría son aquéllos que enlazan espacios mentales y siempre son abiertos. Así que también serán centrales las propiedades de los conectores abiertos: el Principio de transferencia, que es el Principio de identificación, la capacidad para establecer *target* y *trigger* como antecedentes potenciales y la aplicabilidad a elementos anafóricos.

Otra idea de Nunsberg: imágenes, representaciones pictóricas, fotografías, etc., están claramente vinculadas a sus modelos mediante conectores pragmáticos. Son conectores de imagen y son también abiertos. En una línea similar, Jackendoff (1975) había señalado la posibilidad de dar una descripción lingüística de una imagen en términos de su modelo, la manera o medio que tiene el lenguaje de referirse a imágenes en cuadros o fotografías. Ese uso es fundamental para la denominada *picture reference* y se sigue de la caracterización general que hace Nunsberg de la referencia pragmática, ya que es innegable que hay una relación pragmática entre un modelo y su representación. El ejemplo famoso de Jackendoff es el siguiente:

- (5) En el cuadro de Len, la chica de ojos azules tiene los ojos verdes.

Tenemos aquí la referencia *trigger*, *a*, el modelo; la referencia *target*, *b*, la imagen; y un conector, la función pragmática de identificación, *F*. Además, la descripción de *a*, *da* (“chica de ojos azules”) y la descripción de *b*, *db* (“chica de ojos verdes”). La frase adverbial –“en el cuadro de Len”– establece una situación de imagen. De hecho, según veremos más adelante, esa frase es constructora de espacios. El modelo *a* dispara el conector de imagen *F* y el *target* *b* es la representación en el cuadro, con la propiedad de tener los ojos verdes. El Principio ID permite, de una manera muy general, una descripción del *trigger* para identificar al *target*, de modo que *da* (“la chica de ojos azules”) puede identificar a *b*, la imagen. Entonces *b* se toma como significando que *b*, la imagen, tiene ojos verdes. Sin embargo, el Principio ID también permite a la descripción del *target*, *db*, identificar al *target* *b* (el conector es entonces trivialmente la función de identidad). Por tanto nada impide que “la chica de ojos azules” sea tomada como una descripción de *b*, proporcionando una segunda lectura, de alguna manera contradictoria, con el efecto de que los ojos de *b* resulten azules y verdes.

Esto resulta muy interesante, porque Jackendoff advierte que esa doble posibilidad señalada en el caso de los cuadros o fotografías es paralela a la que encontramos en los fenómenos de opacidad-transparencia ligados a verbos de actitud proposicional y, en general, a contextos intensionales:

- (6) En la mente de Len, la chica de ojos azules tiene los ojos verdes.
- (7) Len cree que la chica de ojos azules tiene los ojos verdes.
- (8) Len quiere que la chica de ojos azules tenga los ojos verdes.

Estas expresiones tienen una lectura no contradictoria (6,7) y una contradictoria (8). Tal paralelismo establece la plataforma para tratar imágenes, creencias, historias, etc., de una forma parecida. Si asumimos que así como la chica de ojos azules, el modelo, tiene una *counterpart* en la pintura de Len, su imagen, también la tiene en la mente de Len, o hablamos como si la tuviera, entonces la función mundo-mente operará como un conector y el Principio de Identificación funcionará como antes para suministrar interpretaciones potenciales para descripciones del tipo “la chica de ojos azules”: por un lado, una descripción del *trigger a* (“la chica real”) que identifica al *target b* (“la chica pensada o creída”) –es *b*, no *a*, la que tiene los ojos verdes-; y por otro lado, una descripción directa de *b* que identifica a *b* (*b* tiene ojos azules y ojos verdes).

Los conectores pragmáticos podrían ser considerados como representando objetos del mundo real; pero los *targets* no son objetos del mundo real, dado que son parte de creencias, deseos y demás. Ya Jackendoff había asumido que “hay una realidad en la que los objetos físicos existen y la situación normal es que las descripciones lingüísticas se refieran a esos objetos, pero tal realidad puede ser conectada a imágenes (mentales, verbales, concretas) por medio de la relación que pretende referir”, lo equivalente al conector de imagen. El Principio ID creará entonces ambigüedades de la clase opaco-transparente. Pero la lectura normal de una chica será como un objeto físico y la lectura de su imagen será modal, a juicio del propio Jackendoff. La realidad se distingue así de la imagen. Con todo, su visión entraña que los *triggers* serán siempre referentes reales mientras que los *targets* pueden ser representaciones concretas o mentales de ellos. Y no es así: los *triggers* pueden estar en los cuadros, en las creencias o en los deseos y los *targets* en el llamado mundo real. Se puede decir:

- (9) En la realidad, la chica de ojos verdes tiene ojos azules.

Aquí vamos del cuadro a la realidad, no de la realidad al cuadro. El *trigger* es la imagen (“la chica de ojos verdes” en el cuadro) y el *target* es la chica real. El Principio de Identificación sigue permitiendo que el *target* sea identificado en términos de la descripción del *trigger*. En este caso, la chica real es identificada en términos de una descripción de la imagen (“la chica de ojos verdes”) y aparece en el predicado con ojos azules. O sea que aquí el conector relevante es inverso del previo: en vez de proyectar la realidad en el cuadro, proyecta el cuadro en la realidad. Es un conector abierto. La dirección de la proyección

está indicada por la frase adverbial. E inversiones similares del conector son posibles en el caso de las imágenes mentales tales como creencias.

Surge una cuestión. Se habla de realidad y de objetos reales. Fauconnier se ve obligado a precisar. Una vez que ha resaltado la simetría fundamental de los mencionados fenómenos de referencia, indica que los conectores no están enlazando objetos reales y representaciones. En su opinión, el hablante que usa expresiones como las que hemos examinado no necesita acertar ni tener razón acerca de las propiedades que asigna a entidades, incluyendo que existan o no. Por consiguiente, considera que la llamada “realidad” debe ser, en sí misma, una representación mental: la representación mental de la realidad del hablante. Por tanto, al explicar estos fenómenos lingüísticos, no nos interesa de forma inmediata decir si tales representaciones son adecuadas, ni tampoco esclarecer la naturaleza psicológica, neurológica o filosófica de la realidad. Buscamos sólo maneras de hablar de ellas. Terminamos pues con enlaces entre representaciones mentales. No importan las creencias de Len en sentido absoluto, sólo la visión que el hablante tiene de ellas: una representación mental de una representación mental. Ciertamente los cuadros o fotografías son objetos reales; pero su interpretación como imágenes es mental.

Al haber establecido, aun con carácter informal, que los conectores operan sobre objetos mentales y que tales objetos pueden caer dentro de diferentes dominios, se impone avanzar hacia un modelo más preciso para los correspondientes procesos lingüísticos y constructos mentales, exactamente hacia el modelo de espacios mentales: constructos distintos de las estructuras lingüísticas, pero edificados en cada discurso de acuerdo con líneas de guía proporcionadas por las expresiones lingüísticas. En el modelo, los espacios mentales serán representados como conjuntos estructurados e incrementables: esto es, conjuntos con elementos (a, b, c, \dots) y relaciones que se dan entre ellos ($R1ab, R2ac, R3cbf, \dots$), de tal forma que siempre pueden ser añadidos elementos nuevos y también se pueden establecer nuevas relaciones entre los primitivos. Si bien hay que aclarar que no se respeta aquí el sentido técnico riguroso de conjunto incrementable -secuencia ordenada de conjuntos ordinarios- porque el espacio mental se concibe como algo edificado en el transcurso del discurso y no sólo atañe a la correspondiente secuencia de conjuntos. Expresiones como “ Ra,b,c,\dots,n se da en el espacio mental M ” significan que a, b, c, \dots, n son elementos de M y que la relación R se mantiene entre a, b, c, \dots, n . Sobre los espacios se define una relación de orden parcial. Se trata de una relación de inclusión, pero es una relación que, a diferencia de la inclusión de conjuntos, no conlleva entrañamientos para los elementos dentro de los espacios: a puede pertenecer a M y M estar incluido en N sin que eso entrañe que a pertenece a N . Por esta razón, es conveniente asumir de entrada que todos los espacios son enteramente distintos, que no tienen elementos en común.

Hay expresiones lingüísticas que típicamente introducen nuevos espacios, elementos en ellos y relaciones entre los elementos: son los constructores de espacio –*space-builders*-. Los llamaremos CE. Los CE pueden ser frases proposicionales (“en el cuadro de Len”, “en la mente de Len”, “en 1960”, “en la fábrica”, “desde su punto de vista”), adverbios (“realmente”, “probablemente”, “posiblemente”, “teóricamente”), conectivas (“si..., entonces...”, “o bien ..., o bien ...”) y combinaciones sujeto-verbo subyacentes (“Juan cree ---”, “María espera ---”, “Antonio quiere...”). Vienen casi siempre con cláusulas lingüísticas que predicen relaciones que se dan entre los elementos del espacio. Además, el constructor de espacio que establece un espacio M lo establecerá siempre como incluido en algún otro espacio M' , su espacio-padre -o madre-. Esta inclusión puede estar indicada explícitamente por la estructura sintáctica o el anidamiento de los CE, o ser inferida pragmáticamente del discurso previo. Los siguientes ejemplos la clarifican:

(10) Max cree que, en el cuadro de Len, las flores son amarillas.

El constructor de espacio, “en el cuadro de Len”, crea el espacio M , que a su vez está incluido en el espacio M' , creado por el CE “Max cree”.

En el próximo ejemplo, el discurso comienza en relación con el espacio R , el espacio origen, que es igual a la realidad del hablante:

(11) A Susana le gusta Enrique.

Y en (12) ocurren dos cosas:

(12) En esa obra, Otelo es celoso. Él cree que Desdémona es infiel.

En la primera frase, el discurso comienza también estableciendo R , la realidad del hablante, donde el constructor de espacio, “en esa obra”, crea el mundo M , incluido en R . Pero “él cree” introduce un mundo nuevo que no está explícitamente incluido en otro y sin embargo es entendido como incluido en el primer mundo: vale en la obra de teatro, no en la realidad.

Cuando un espacio M es introducido en el discurso por el CE, debe ser conectado pragmáticamente a su espacio-padre: debe haber un conector capaz de conectar *triggers* y *targets* en los espacios padre e hijo. En general, los casos más frecuentes son:

- Si el espacio-padre es la realidad del hablante R , el constructor de espacio es alguna frase del tipo “él piensa” o “él cree” y el conector será un conector de imágenes mentales FB que irá desde la realidad del hablante a las creencias.

- Si el espacio-padre es algo tal como un cuadro, el *CE* será una frase del tipo “en el cuadro de ... ” y el conector será un conector de imágenes *FI*, que irá de los modelos a los cuadros.
- Similarmente, si la realidad de partida es una película o una obra de teatro, el *CE* será una expresión del tipo “en esa película o “en esa obra” y el conector será un conector dramático *FD*, de los actores a los personajes.

Son posibles muchos otros tipos de conectores e incluso que un espacio esté enlazado a su espacio-padre por más de un conector. Múltiples fenómenos de referencia lingüística no dependen de qué conectores particulares están involucrados, sino más bien de propiedades generales de los conectores abiertos y de las configuraciones *trigger-target* que establecen.

Otro problema que se plantea de inmediato es cómo adquieren elementos los espacios, cómo se rellenan o cómo están internamente estructurados. Hay diversas estrategias para introducir elementos en los espacios y quizás el mecanismo más sencillo es recurrir al artículo indefinido. Lo característico de una expresión indefinida es que la frase nominal “un *N*” que aparezca en una expresión lingüística establece un nuevo elemento *w* en algún espacio, tal que $N(w)$ vale en ese espacio. Debemos decir que, en contraste con las descripciones indefinidas, la función directa de las descripciones definidas es señalar o indicar elementos que ya están en un espacio. Lo típico de la descripción definida respecto a espacios nos dice que la frase nominal “el *N*” en una expresión lingüística apunta a un elemento *a* que ya está en el espacio *M*, de forma que $N(a)$ vale en ese espacio. Si *N* fuera un nombre propio, la frase nominal *N* apunta a un elemento *a* que ya está en algún espacio *M*, de forma que *N* es un nombre para *a* en *M*.

A partir de la caracterización anterior, que es parcial según veremos en seguida, podemos establecer un Principio de Identificación entre espacios: Dados los espacios *M*, *M'* enlazados por un conector *F* y una frase nominal *NP* que introduce o señala a un elemento *x* en *M*, si *x* tiene un homólogo $x' (x=F(x'))$ en *M'*, *NP* puede identificar a x' ; y si *x* no tiene un homólogo en *M'*, *NP* puede establecer e identificar un nuevo elemento x' en *M'* tal que $x'=F(x)$. Entonces, en virtud de la interpretación indefinida, una frase nominal indefinida “un *N*” introducirá un elemento nuevo *w* en el espacio *M*. Además, si *M* está conectado a *M'* por *F*, entonces el Principio de Identificación puede aplicarse a esta frase nominal de forma que “un *N*” identificará un *target* de w, w' . Si *w* no tiene *target*, cosa normal dado que *w* mismo es un elemento nuevo, entonces la frase nominal también establece el *target* w' .

Si el discurso actual encierra más de dos espacios, pueden surgir ambigüedades o diversas lecturas de una oración, dependiendo de dónde sea introducido

el elemento correspondiente al indefinido. Las ambigüedades que conciernen a la especificidad parecen ser independientes de implicaciones de existencia ontológica. La realidad ontológica no suele ser la cuestión, ni el tipo de existencia, imaginaria o real. La posibilidad de introducir el elemento indefinido en varios espacios da lugar a esta clase de seudoproblema si se intenta una representación lineal, de alcance. Pero desde el punto de vista de esta teoría, las diversas interpretaciones posibles pueden ser consideradas como instancias de vaguedad con respecto a qué espacio concreto pertenece el *trigger* y qué conector está involucrado. El factor diferenciador que separa dos o más lecturas es el de individuación. La individuación es relativa a contrastes rol-valor.

Hasta ahora, las frases nominales se han tomado como apuntando a objetos, individuos, etc. Esa visión coincide casi exactamente con la clásica y estaba implícita en el Principio de Identificación y explícita en los Principios de Interpretación Definida e Interpretación Indefinida. Pero no es una visión totalmente correcta. Prestando mayor atención, vamos a descubrir que las descripciones definidas presentan características que requieren un tratamiento en términos de funciones (roles) más que en términos de referencia directa. El dominio del rol puede incluir tiempos, lugares, situaciones, contextos y demás. Hay mucha evidencia y muchos datos, no es una concepción controvertida. Si nos ceñimos a un ejemplo, “el Presidente”, está claro que asumirá un rol diferente tomando valores distintos en países distintos y en épocas distintas o en organizaciones diferentes, siendo sus valores los individuos que llegan a ser presidentes de esa organización, de ese país, en esa época. Si escribimos que “el Presidente cambia cada cuatro años” podríamos darle a la frase una primera lectura eligiendo un valor (Zapatero, Blair, Berlusconi o Bush, pero no Chirac). Esa primera lectura nos daría una propiedad del valor de ese rol en un contexto particular. Y una segunda lectura proporcionaría una propiedad del rol mismo. Fauconnier usa la siguiente notación: P representa la predicación involucrada (“cambia cada cuatro años”); r , la descripción definida –*role function*– (“el Presidente”) y m los parámetros contextuales relevantes en el dominio de r (tiempo, lugar, organización) Esencialmente las formas lingüísticas en consideración permiten dos lecturas fundamentales: $P(r)$, propiedad de un rol y $P(r(m))$, propiedad de un valor de ese rol. Debemos indicar que las predicaciones sobre funciones y valores particulares son, por supuesto, matemáticamente diferentes en naturaleza, aunque estén soportadas o sean proporcionadas por las mismas formas lingüísticas. Sin embargo, aquí se sugiere una visión unificada: los elementos de los espacios que han aparecido hasta el momento tenían una identidad fija, pero sus otras propiedades podían cambiar. Los roles son también elementos de los espacios, pero tales que la identidad –el valor del rol– puede cambiar, mientras que una propiedad particular –ser presidente– queda fija. Para tales elementos, en tanto que opuestos a los otros, la identidad es una propiedad

variable. Esta visión tiene la ventaja de suministrar un análisis unificado de verbos como “cambiar”: si “ x cambia” implica que alguna propiedad de x es añadida, perdida o reemplazada, entonces esa propiedad puede ser la identidad en el caso de los roles (“El presidente cambia en cada elección”), pero será una propiedad distinta de la identidad para los valores.

El hecho de que una descripción lingüística pueda identificar un rol o su valor, debe ser en sí mismo considerado como un caso de *trigger reference* transferida, dado que el enlace entre un rol y su valor para cierto establecimiento de parámetros m también es en sí mismo una función pragmática F . O sea que $F(m, r) = r(m)$. Lo relevante ahora es que los espacios mentales, tal como fueron presentados antes, pertenecen a los dominios de *role functions*; es decir, un rol tomará diferentes valores en diferentes espacios y estos valores no necesitan ser imágenes de otro. El gran ejemplo:

- (13) El Presidente es Reagan. Irving cree que el presidente es Kiessinger. A él le gustaría que el Presidente fuera Brown. En la película, el Presidente es Goofy.

Este breve discurso establece cuatro espacios en los que “el presidente” toma valores diferentes y no conectados.

Además de permitir un tratamiento de la referencia, la Teoría de Espacios mentales permite un tratamiento de las presuposiciones. De hecho, da lugar a una caracterización semántica de la presuposición que es interna a la teoría. Se centra en el problema de la proyección de las presuposiciones, el problema de determinar las presuposiciones de sentencias complejas sobre la base de las presuposiciones de las simples. El rasgo principal de este análisis es que no introduce principios específicos para tratar con presuposiciones, sino que invoca principios estratégicos de tipo general. Todo dentro del formato de espacios. Consideremos el caso prototípico en que una proferencia consta de un constructor de espacios, CE , y una parte proposicional, $Prop$, que establece relaciones entre elementos en el espacio:

Constructores de un espacio M : “En el cuadro”; “Luis cree”; “Si viene Diego”; “Quizás”.

$Prop$: “María tiene ojos azules”; “entonces vendrá Olga”; “Antonio haya dejado de fumar”.

Dividimos $Prop$ en una parte aseverada A y una parte presupuesta P , y lo hacemos sobre fundamentos gramaticales. Por ejemplo, “Antonio no fuma ahora”= A ; “Antonio fumaba antes”= P . Pues bien, A y P expresan que ciertas relaciones se dan entre ciertos elementos en los espacios. Decimos que

$Q = (Q' (a, b, c, \dots))$ es satisfecha en el espacio H si la (posiblemente compleja) relación Q' vale de los homólogos de a, b, c, \dots en el espacio H . Se utiliza la siguiente notación: Q/H , para Q es satisfecha en el espacio H ; y $\neg Q/H$, para Q no es satisfecha en el espacio H . Por otra parte, decimos que Q está determinada en el espacio H si es satisfecha o no satisfecha, incluso aunque el valor actual o real pueda no ser accesible en ese punto del discurso. De ahí $Q!H$: Q está determinada en H . Y Q estará indeterminada en H si no está determinada en H , es decir, si tanto Q como $\neg Q$ son ambas posibles con respecto a H . Así: $Q?H$: Q está indeterminada en H .

Dada una estructura de preferencia como la anterior, y llamando R al espacio-padre de M , operarán las siguientes reglas:

- R1): A/M (la parte aseverada A es satisfecha en el espacio M).
- R2): P/M (la parte presupuesta P es satisfecha en el espacio M).
- R3): P/R (la parte presupuesta P es satisfecha en el espacio-padre R). Esta R3 es opcional: se aplica sólo como parte de la estrategia PE2 que luego veremos.

Una definición:

- D1): Si Q/M es establecida en el discurso en un momento t , entonces las consecuencias accesibles de Q son presuposiciones explícitas en M después de t .

Principios estratégicos:

- PE1): Eliminar la contradicción dentro de un espacio. (Por ejemplo, hay que eliminar Q/H y $\neg Q/H$).
- PE2): Estructurar el espacio M y su espacio-padre R de la forma más parecida posible a las asunciones básicas y presuposiciones implícitas. PE1 precede a PE2.

Corolarios obvios:

- C1): Si P/r , entonces $P/R, M$.
- C2): Si $\neg P/R$, entonces no se aplica R3.
- C3): Si $P!R$, entonces hay que aplicar R3.
- C4): Si $P?R$, entonces no hay que aplicar R3. Porque $P?R$ implica la posibilidad de $\neg P$ en R y así es incompatible con P .

Informalmente, D1 define una presuposición explícita en M en un momento del discurso t , como información básica establecida antes de t . Una presuposición implícita, en t y en M , es una presuposición introducida en M en el tiempo t por virtud de alguna construcción gramatical, y no establecida en M de forma independiente antes de t . Así en el ejemplo “Enrique cree que mi coche es rojo” (donde el constructor del espacio M es “Enrique cree que”), “yo tengo un coche” es una presuposición implícita en M en el momento t . Pero en un discurso que se inicia en t con “Enrique cree que yo tengo un coche, “yo tengo un coche” sería una presuposición explícita en M en un momento t' posterior a t .

Es conveniente insistir en el carácter general de los principios considerados: las reglas R1 y R2 se siguen simplemente de la también general definición de “constructores de espacio”, es decir: *Prop* vale en el espacio M . Y D1 corresponde a la intuición de que una información nueva, una vez expresada, se convierte en información vieja. Además, el PE1 (no-contradicción), es despojado de su usual *status* legaliforme para una estrategia de discurso, dado que los espacios contradictorios no pueden ser totalmente excluidos (hay que poder constatar creencias o deseos contradictorios). El PE2 es una importante estrategia general para rellenar espacios: en ficción, fantasía, información sobre creencias, deseos y similares, asumimos típicamente que el mundo es como nosotros lo conocemos, a menos que se especifique explícitamente lo contrario. PE2 jugará también un importante papel en el análisis de contrafácticos. La única Regla técnica para presuposiciones es la opcional R3, que permite que las presuposiciones gramaticales (en tanto que opuestas a las aserciones) sean vinculadas a más de un espacio mediante una única preferencia. El problema estándar de la proyección, el de si una sentencia compleja hereda las presuposiciones de sus partes simples, se reduce, en términos de procedimiento, a si una presuposición satisfecha en un espacio M puede o debe ser satisfecha en el espacio-padre R . También ocurre que otras presuposiciones complejas reflejan superficialmente la satisfacción de presuposiciones con respecto a espacios diversos. Sería fácil verlo si afrontáramos un estudio detenido de casos vinculados a determinados constructores de espacios, entre los que destacan “quizás”, “si-entonces”, “cualquiera de los dos”. El primero es un constructor de espacio que establece o introduce una posibilidad de espacio M dentro de R . “Si S , entonces ...” es un constructor de espacio que introduce un espacio M en el que S sea satisfecha. Por su parte “cualquiera de los dos $S1$ o $S2$ ” es un constructor de espacio doble: establece o introduce la posibilidad de dos espacios a la vez, $M1$ y $M2$. En $M1$ se satisface $S1$; en $M2$, $S2$. Además ambos espacios, $M1$ y $M2$ son compatibles con el espacio-padre R . Los ejemplos introducidos por tales constructores nos permitirían ver cómo funcionan los principios de la teoría que estudiamos, con qué naturalidad se aplican las reglas y cómo quedan perfectamente explicados los casos en que hay herencia de presuposiciones y los casos en que no. Sin

embargo, para comprender bien este tratamiento hay que fijarse en una estrategia subyacente todavía más general que los principios estratégicos mencionados, ya que sirve esencialmente para llenar espacios y los PE no suponen más que una subparte de la misma. Fauconnier la denomina estrategia de optimización de espacios y puede ser expresada informalmente como sigue:

Cuando un espacio-hijo M es establecido dentro de un espacio-padre R , hay que estructurar M implícitamente de forma que se maximice la similaridad con R . En particular, en ausencia de estipulación explícita en contra, se asume que:

- a) Los elementos de R tienen homólogos *-counterparts-* en M ; o, para decirlo de otra manera, cada elemento de R tiene un elemento correspondiente en M .
- b) Las relaciones que valen en R valen también para esos homólogos en M .
- c) Y las asunciones o presuposiciones básicas que se dan en R valen en M .

La propiedad semántica general de las presuposiciones estaría relacionada con esto: son capaces de propagarse, de flotar, de fluir de espacio a espacio bajo estrategias de optimización. Desde esta perspectiva, el problema estandar de la proyección de presuposiciones es justo un caso especial de ese flotar o fluir: el de determinar bajo qué circunstancias las presuposiciones introducidas en espacios inferiores fluyen a lo largo de todo el camino hasta el espacio-padre R e invaden la preferencia entera. Una gran parte de la estrategia se reduce a lo siguiente: las presuposiciones implícitas fluyen hasta que- o a menos que- sean bloqueadas por incompatibilidad en un espacio más alto (PE2 seguido por PE1).

Y aunque esté lejos de nuestro ánimo emprender ahora un tratado sobre contrafácticos, las consideraciones anteriores podrían ayudarnos a acometer tan ardua tarea. Tradicionalmente, contrafácticos como “Si los hombres tuvieran alas, entonces volarían” son considerados como casos de razonamiento posiblemente válido a partir de premisas que son falsas en la actualidad. Desde un punto de vista lingüístico, no se ataca directamente el problema lógico de las condiciones de verdad para contrafácticos, sino más bien la cuestión de semántica cognitiva de cómo los espacios contrafácticos son introducidos, establecidos o estructurados. La contrafactividad es una muestra de incompatibilidad forzada entre espacios. Un espacio $M1$ es incompatible con otro espacio $M2$ si alguna relación explícitamente especificada en $M1$ no es satisfecha por los elementos correspondientes en $M2$. Para comprenderlo bien, será conveniente centrarse en el caso en que un espacio establecido resulta incompatible con su espacio-padre. Podemos recoger de Fauconnier unos cuantos ejemplos, donde

la primera sentencia puede ser entendida de forma que establezca un espacio contrafáctico (incompatible con el origen) y la segunda expresa alguna relación satisfecha en ese espacio contrafáctico:

- (14) Si Juan hubiera ganado, yo sería rico. Me habría ido al Caribe.
- (15) Deseo que Juan haya ganado. Yo sería rico.
- (16) Afortunadamente, los bomberos impidieron que el fuego cruzara la carretera. Mi casa habría quedado destrozada.

Muchos espacios resultan incompatibles con sus espacios-padres. En particular, creencias, cuadros, deseos, tiempos, etc. Hay muchas maneras, por tanto, de presentar contrafácticos. Lo que interesa es partir de una interpretación mínima única para " Q , si P ." Asumiríamos entonces que, en todas las situaciones para las cuales vale P , valdrá Q . Por sí sola esta interpretación no dice que hay realmente un vínculo entre P y Q , dado que, por supuesto, Q podría ser válida en otras situaciones, en las situaciones $\neg P$, como corresponde a la noción de condición suficiente y a sus implicaturas, implicaturas que podrían ser canceladas explícitamente, cuando se quisiera, mediante partículas como "de todas formas", "todavía", "pero", "sin embargo" o "aunque". Atender a las propiedades generales de los condicionales permitirá una descripción simplificada de los contrafácticos en sus diversas variedades. Supongamos que se está procesando un discurso y el espacio actual es R . Una preferencia de la forma "Si P , Q " establece un espacio H en el que se dan o valen P y Q . Supongamos que $\neg P$ vale en R : entonces P , en la preferencia, debe ser indicada gramaticalmente por un tiempo gramatical pretérito. Ésta es una restricción gramatical. Si se acepta que Q es válida sólo en situaciones P , en nuestra conjetura implicaría a su vez que Q no es válida en R . Es decir, que Q , como P , es contrafáctica. Además, de acuerdo con el tratamiento anterior de las presuposiciones, $\neg P$ sería en este caso una presuposición explícita en R . Se sigue entonces de las propiedades generales de los condicionales que, en los contrafácticos (Si P , Q), $\neg P$ es típicamente presupuesta y $\neg Q$ es implicada.

Lo anterior es admisible e incluso cierto como un fenómeno del discurso: diversos aspectos gramaticales relativos a la forma de la sentencia usada son condicionantes. Si P tiene una referencia temporal al presente o al futuro y viene indicada con un pretérito perfecto, entonces la contrafactividad vendría gramaticalmente impuesta: o bien $\neg P$ ha sido ya establecida en el espacio-padre R o bien es establecida en el momento de la preferencia. Ésta es una propiedad semántica de la construcción misma. Si, por otra parte, P es indicada por un pretérito con una referencia temporal de presente o de futuro, o por un pretérito perfecto con referencia temporal al pretérito, la construcción semántica es más débil: sabemos sólo que P no está establecida en R . Si $\neg P$ está establecida

independientemente o presupuesta en R , el resultado es un contrafáctico con la implicatura $\neg Q$. Si no, no existe tal implicatura.

En el meollo de la discusión está el problema de la construcción de espacios hipotéticos. Si la prótasis P no es contrafáctica con respecto al espacio-padre R , el espacio hipotético H puede ser construido fácilmente añadiendo P a la estructura de R . Ello aseguraría el perfecto encaje de H y R . Pero H puede incluir sólo parte de la estructura de R en tanto encaje con R . Informalmente, la idea que subyace es que el espacio hipotético H se complementa con cuanta estructura de espacio R sea necesaria para mantener el razonamiento. La flexibilidad de los contrafácticos en su uso ordinario es enorme y la mayor parte de las veces requiere una estructuración muy parcial y limitada de H . La construcción de un espacio contrafáctico H puede continuar (y de hecho típicamente continúa) después de que se establezca la sentencia contrafáctica. En ese caso, siempre puede ser incorporada progresivamente más estructura de R . Si surgen inconsistencias, y son accesibles, se suele hacer un intento de componenda, un arreglo provisional o se descarta enteramente el espacio H . En suma, el tema central de la contrafacticidad es el de los espacios hipotéticos: usando una caracterización mínima de hipotéticos, una implicatura suspendible de exhaustividad de situaciones y estrategias para construir dichos espacios, obtenemos una explicación mínima de los condicionales, sean no-contrafácticos, débilmente contrafácticos o fuertemente contrafácticos; o bien tengan un vínculo lógico único, una serie de enlaces lógicos o ningún enlace lógico. La amplia –pero, según Fauconnier, equivocada– visión de que la conexión lógica es un componente esencial del significado de *si*, convierte en enigmáticos o curiosos todos los casos donde no hay tal conexión. Sin embargo, perfectamente expresiones del estilo “Si P , de todas formas Q ” pueden ocurrir para cancelar la implicatura “ $\neg P, Q$ ”. Entrañan, por tanto, la ausencia de un enlace lógico entre P y Q .

Un paso más, atendamos al ejemplo de Fauconnier:

(17) En ese cuadro, Alicia es más alta que Carroll.

A su juicio, hay dos posibilidades de interpretación: o bien Alicia y Carroll están los dos en el cuadro y, dadas las convenciones ópticas para evaluar la representación, la altura de ella es mayor que la de Carroll; o bien Carroll no está en el cuadro, pero según las convenciones de la representación, la altura de ella es mayor que la de Carroll (coincide, por ejemplo, con la altura de la casa que está a su lado). Esa doble posibilidad es una consecuencia de la configuración de espacios correspondiente a (17): Tenemos en el espacio-padre R dos elementos, a y c . Y en el espacio-cuadro estarían a' y c' . La segunda posibilidad es que en el espacio R aparezcan a y c , pero en el espacio M sólo a' . Sabemos, por simple aplicación del principio ID, que Alicia puede identificarse con a o

con a' y Carroll con c o con c' . El ejemplo (17) puede expresar entonces una de las siguientes relaciones:

- 17 a) a' es más alta que c' ;
- 17 b) a' es más alta que c ;
- 17 c) a es más alta que c' ;
- 17 d) a es más alta que c .

Las relaciones 17 a) y 17 b) corresponden a las dos posibilidades ya señaladas. 17 d) se elimina porque no contiene ningún elemento del espacio M , del cuadro. Y 17 c) es bloqueada por la constricción adicional de que en las construcciones [CE , Espacio M] el sujeto gramatical en ese espacio identifica típicamente a un elemento de M . Lo interesante es que la posibilidad de doble procesamiento del ejemplo indica que las relaciones comparativas pueden operar a través de espacios. Se pueden encontrar muchos ejemplos más para espacios de diferentes clases, pero no nos detendremos en ello. El análisis permite que la relación comparativa valga entre elementos de espacios. Pero los comparativos también se aplican a otras cosas, como estados y acontecimientos:

(18) Juan, cuando anda, va más rápido que Pedro cuando corre.

Podemos entender comparativos simples del estilo de (18) como englobando dos estados/acontecimientos E , E' y alguna escala Sc en la que puedan ser comparados (altura, velocidad, número, belleza, etc.). Una forma de relación que podría ser esquematizada así: " E más que E' / Sc ". Es decir, E está por encima de E' en la escala Sc . En el ejemplo, E = Juan anda, E' = Pedro corre y Sc = velocidad. En estos comparativos, E y E' son relativos al mismo espacio. No obstante, es posible relativizarlos a diferentes espacios, M y M' , mediante los correspondientes constructores de espacio:

(19) En "Carros de Fuego", Peter corre más rápido que Bogart en "La reina de África".

Tendríamos aquí una forma algo diferente: " E/M más que $E'/M' / Sc$ ". Pero se ve con claridad que un estado/acontecimiento en un espacio puede ser comparado con su homólogo o correspondiente en otro. El análisis es perfectamente aplicable a diversos tipos de espacios y constructores de espacios:

(20) En la realidad, Pedro corre más rápido que lo que Jorge cree.

La idea importante a retener es que la comparación puede aplicarse dentro de un mismo espacio o entre espacios. Y como en otros fenómenos relativos a espacios (opacidad, especificidad, distinciones de rol y valor, etc.) es inapropiado tratar de reflejar estos contrastes de inclusión de espacios estructuralmente, por medio de formas semánticas profundas o formas lógicas subyacentes. Incluso los casos más complejos son mejor tratados con esta teoría de espacios, como defiende Fauconnier:

(21) Su jaqueca impidió que Rosa contestara más preguntas que las que contestó.

Lo que tenemos aquí es un ejemplo que introduce una situación contrafáctica: de no haber tenido jaqueca, Rosa hubiera contestado a más preguntas que las que realmente respondió. El hecho real es que Rosa contestó x preguntas: es el acontecimiento real en el mundo real E/M . Pero su jaqueca funciona en este caso como constructor del espacio M' y el acontecimiento contrafáctico viene dado por E/M' : Rosa respondió x' preguntas. El comparativo expresa que $x' > x$. La aparente complejidad del ejemplo proviene de esta situación contrafáctica involucrada. Ya hemos dicho en su momento que los espacios contrafácticos están sólo parcialmente especificados y de ahí su ambigüedad potencial, que también se transmite a estos comparativos. Pero, aunque sean superficialmente complejos, cuando son vistos en términos de espacio, no son diferentes de otros ejemplos muy sencillos de analizar: si el miércoles Rosa tenía jaqueca y el jueves no:

(22) El jueves, Rosa habría respondido a más preguntas que las que respondió el miércoles.

Donde “miércoles” y “jueves” son constructores de espacio, respectivamente del espacio M y del espacio M' .

Ya hemos indicado que muchos verbos (crear, pintar, impedir, buscar, desear, etc.) introducen nuevos espacios. Para ir terminando la exposición de la Teoría, conviene añadir ahora que otros muchos, la mayoría, introducen relaciones entre espacios. Quizás haya que destacar entre todos al verbo *ser*, que tiene propiedades especiales. En primer lugar, puede ser usado de un modo muy amplio para enlazar un *trigger* y su *target* cuando se conoce la función pragmática relevante. La propiedad trans-espacial de *ser* que surge de los múltiples casos de ese tipo, puede ser formulada de la siguiente manera: dada una configuración en que aparezcan un constructor de espacios y una cláusula gramatical de la forma $FN1$ es $FN2$ y dado un conector F que enlace un espacio M con su espacio-padre R : si $FN1$ (o $FN2$) señala al elemento a en R y $FN2$

(o *FNI*) señala al elemento a' en M , entonces la cláusula gramatical puede expresar que a' en M es el homólogo de a en R , esto es, $a' = F(a)$. Con otras palabras, incluso aunque una cláusula simple usualmente exprese relaciones dentro de un espacio, aquéllas de la forma *FN es FN* pueden establecer una relación de correspondencia -*counterpart relation*- entre elementos de espacios diferentes.

Sin embargo, en las mismas configuraciones, hay otra interpretación de *ser* que no es trans-espacial. Sabemos que el enlace entre un rol y su valor es él mismo una función pragmática, un conector F definido como $F(m, r) = r(m)$, donde m representa a los parámetros contextuales relevantes y, en particular, al espacio en que r toma su valor. O sea que hay también un enlace metonímico entre un rol y su valor, y como los otros, este enlace puede ser expresado gramaticalmente con la cópula *es*. En ejemplos del tipo “Félix es mi hermano”, “Isabel es la reina de Inglaterra” o “El ganador es Yushenko”, la función pragmática F que representa “es” es la atribución de un valor a un rol. Esto significa que habrá configuraciones formalmente análogas a las anteriormente consideradas: constructor de espacio (*CE*) con una cláusula gramatical de la forma *FN es FN*, donde esta cláusula expresa una relación interna al espacio M , la atribución de un valor a un rol, y no un enlace trans-espacial:

(23) Jorge cree que María es la reina de Inglaterra.

Aquí, el rol “reina de Inglaterra” es atribuido a María en las creencias de Jorge y ésta es una relación interna dentro del espacio construido por “Jorge cree que”.

La cópula *es* puede enlazar explícitamente dos elementos de espacios diferentes. Otros verbos o expresiones verbales también operan en diversos espacios, pero comienzan con un solo elemento. En este caso, un efecto es establecer para este elemento del espacio M un homólogo o elemento correspondiente en otro espacio M' . El más representativo es *existe*. “Existe” puede introducir homólogos en toda clase de espacios: en la realidad, en la imaginación, en el plano, en 1900, etc. Si digo, hablando de Pegaso en un espacio mitológico M , que Pegaso existe en la realidad, introduzco un homólogo del Pegaso mítico en el espacio M' que aquí es el mundo real.

Otras series de verbos tienen el efecto de copiar relaciones o elementos desde la realidad del hablante al espacio de realidad del sujeto gramatical del verbo:

(24) Lucas sabe que María lo odia.

Aquí los dos espacios corresponden a la realidad del hablante (R) y a la realidad de Lucas en tanto concebida por el hablante, espacio (RS) incluido en

(R). La relación “María odia a Lucas”, satisfecha en R , también llega a serlo en RS para los homólogos de María y Lucas en ese espacio.

Un caso curioso de posible operador trans-espacial es el verbo *encontrar*. Se podría decir que este verbo encierra dos espacios: por una parte, la realidad en sentido amplio, con objetos, relaciones, etc.; por otra, un espacio de percepción del sujeto que puede corresponder –según las circunstancias- a lo que esa persona puede ver, tocar o considerar y, más metafóricamente, a lo que esa persona puede captar, entender o estimar. Además, este verbo puede funcionar con o sin la presuposición de que el sujeto estaba buscando lo que encontró. Cuando está presente tal presuposición, introduce un tercer espacio vinculado a “buscar”. Pero en ambos casos, con o sin presuposición, “encontrar” tendría el efecto de introducir un homólogo en RS para el elemento de R asociado con su objeto directo. Por tanto, aparecerán ambigüedades lingüísticas si las descripciones en R y en RS son diferentes para los homólogos. Y si es usado con la presuposición de “buscar”, habrá ambigüedades comparables a “específico-no-específico”, incluso aunque la existencia del objeto encontrado esté siempre implicada (como opuesta a la existencia del objeto buscado).

IV. CONSIDERACIONES FINALES

No cabe duda de que hay diferencias entre los objetivos y criterios de adecuación de la investigación llevada a cabo aquí y los usualmente adoptados en las investigaciones filosóficas de los mismos fenómenos. En particular, no juegan un papel central en este estudio de los espacios mentales dos cuestiones cruciales desde el punto de vista filosófico estandar: verdad y referencia. No le interesa a Fauconnier descubrir bajo qué condiciones una preferencia contaría como verdadera en un determinado estado de un mundo real o posible. La clave es que las expresiones lingüísticas ayudan a introducir e identificar elementos de un espacio, pero no se refieren a ellos. La referencia sería otra conexión, presumiblemente una que relacionara los elementos de un espacio con entidades reales (o de ficción o posibles). El estudio de tal conexión sería más complicado por el hecho de que no podemos hablar acerca de ella sin introducir los espacios correspondientes en el discurso filosófico. Por supuesto, en casos prototípicos como los que describen una situación del mundo real, parece excelente lograr el encaje perfecto entre el espacio mental construido y el dominio de referencia, pero eso mismo no resulta tan obvio en casos complejos: creencias, deseos, contrafácticos, etc.

Siguiendo los consejos de su propio autor, la construcción de espacios no debe ser sobreinterpretada: no hay representaciones de la realidad o de mundos posibles parciales. En concreto, un espacio de creencia no es una creencia o estado de creencia; a lo sumo, es una manera de hablar acerca

de creencias. O sea que la construcción de espacios representa un modo en que pensamos y hablamos, pero en sí misma no dice nada acerca de los objetos reales de este pensar y hablar. Esto resultaría obvio en el caso de las metáforas.

En la mayoría de los análisis filosóficos, la descripción del lenguaje no es una meta última; ello significa soportar demandas vinculadas a otros temas, incluyendo verdad y referencia. Contrapone Fauconnier a su trabajo el de Kripke (1980) sobre nombres y descripciones y expresa sus divergencias respecto a algunos de los fenómenos discutidos por él. Asegura que no le interesa nada la tesis filosófica o metafísica de la rigidez: a su juicio, esta tesis cortocircuita el funcionamiento lingüístico o psicológico de los nombres en orden a suscitar directamente el problema de su referencia en el mundo real o en mundos posibles (o en situaciones contrafácticas). Para que la cuestión sea planteada en estos términos, los mundos posibles deben estar disponibles como dominios de referencia y esto constituye una elección metafísica. Los espacios, en cambio, son construcciones vinculadas al discurso. Son parte de la descripción de la cognición, pero no implican ningún objeto metafísico correspondiente. La construcción de espacios sucesivos es epistémica o doxástica; está vinculada a concepciones de la realidad sucesivas para el que habla y para aquellas cosas de las que habla. Tales concepciones no corresponden a mundos posibles en el sentido de Kripke.

Por eso, para evitar malentendidos, insiste Fauconnier múltiples veces en que el estudio de los espacios mentales no constituye exactamente una teoría de la referencia. Los elementos del espacio no son referentes de las expresiones del lenguaje. Son introducidos o establecidos o identificados y pueden ser entonces usados para propósitos de referencia. Sin embargo, esta distinción tiene una consecuencia obvia y no-trivial: las teorías de la referencia basadas en el uso del lenguaje no pueden evitar los espacios mentales. Tendrán que abandonar la idea de un enlace directo entre estructuras lingüísticas y referentes y empezar a tener en cuenta los importantes procesos intermedios de la construcción de espacios. En ese sentido, los análisis de Fauconnier pueden ser considerados, según el propio autor reclama, como parte de la solución a investigaciones filosóficas clásicas. Pero esto último no hay que tomarlo al pie de la letra. Lo que muestran sus análisis es una cierta organización de fenómenos lingüísticos y por qué tales fenómenos podrían aparecer como problemáticos desde el punto de vista veritativo-condicional. A lo que realmente conducen es a un rechazo del modo en que los problemas han sido tradicionalmente planteados. Esto es, reemplazamos unos problemas por otros. Y esta estrategia es posible sólo si presentamos la interfaz cognitiva entre expresiones del lenguaje y el mundo. Es innegable que la construcción de espacios mentales es una importante parte de la semántica del lenguaje natural y de su pragmática. Las teorías de verdad

basadas en fenómenos lingüísticos no pueden eludir tomarla en cuenta y de ahí que aparentes paradojas de asignación directa de verdad y referencia surjan a menudo del fallo que consiste en ignorar las propiedades de las construcciones de espacio intermedias.

REFERENCIAS

- ALLWOOD, J. & GARDENFORS, P. (eds.) (1999): *Cognitive Semantics: Meaning and Cognition*. London. John Benjamin Pub. Co.
- CLARK, A. (1993): *Associative Engines*. Cambridge, Mass. MIT Press.
- DAMASIO, A.R. (1994): *Descartes's Error. Emotion, Reason and the Human Brain*. New York. G.P. Putnam's Sons.
- DAMASIO, H. & DAMASIO, A.R. (1989): *Lesion Analysis in Neuropsychology*. New York. Oxford University Press.
- EDELMAN, G.M. (1992): *Bright Air, Brilliant Fire: On the Matter of the Mind*. New York. Basic Books.
- FAUCONNIER, G. (1994): *Mental Spaces: Aspects of Meaning Construction in Natural Language*. New York. Cambridge University Press. [Publicado originalmente en 1985. Cambridge, Mass. MIT Press].
- FAUCONNIER, G. (1997): *Mappings in Thought and Language*. Cambridge. Cambridge University Press.
- FAUCONNIER, G. & SWEETSER, E. (1996): *Spaces, Worlds and Grammar*. Chicago. University of Chicago Press.
- FILLMORE, CH. J. (1982): Frame Semantics. En *Linguistics in the Morning Calm*. (Editada por la Sociedad Lingüística de Corea). Seoul. Hanshin.
- JACKENDOFF, R. (1975): Morphological and Semantic Regularities in the Lexicon. *Language*, 51; pgs. 626-657.
- JACKENDOFF, R. (1983): *Semantics and Cognition*. Cambridge, Mass. MIT Press.
- JACKENDOFF, R. (1996): How Language Help Us Think. *Pragmatics and Cognition*, 4 (I); pgs. 1-34.
- KRIPKE, S. (1980): *Naming and Necessity*. Oxford, Blackwell.
- LAKOFF, G. (1987): *Women, Fire and Dangerous Things: What the Categories Reveal about the Mind*. Chicago. University of Chicago Press.
- LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (1999): *Philosophy in the Flesh*. New York. Basic Books.
- LANGACKER, R. (1987/91): *Foundations of Cognitive Grammar*. (Vols. I y II). Stanford. Stanford University Press.
- LASZLO, E. (1972): *The Systems View of the World*. New York. George Braziller.
- McGINN, C. (1989): *Mental Content*. Oxford. Blackwell.

- NUNSBURG, G. (1978): *The Pragmatics of Reference*. Bloomington (Indiana). Indiana University Press.
- ORTON, A. (ed.) (1993): *Metaphor and Thought*. Cambridge. Cambridge University Press. (2ª edición).
- ROSCH, E. & LLOYD, B. (eds.) (1978): *Cognition and Categorization*. Hillsdale, N.J. Erlbaum.
- SWEETSER, E. (1990): *From Etymology to Pragmatics: metaphorical and cultural aspects of semantic structure*. Cambridge. Cambridge University Press.
- TALMY, L. (2000): *Toward a Cognitive Linguistics*. Cambridge. MIT Press.
- TURNER, M. (1991): *Reading Minds: the study of English in the Age of Cognitive Science*. Princeton. Princeton University Press.
- TURNER, M. (1996): *The Literary Mind*. New York. Oxford University Press.
- VAN HOEK, K. (1997): *Anaphora and Conceptual Structure*. Chicago. The University of Chicago Press.
- VARELA, F., THOMSON, E. & ROSCH, E. (1991): *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. Cambridge, Mass. MIT Press.
- WITTGENSTEIN, L. (1952): *Philosophical Investigations*. Oxford. Blackwell.